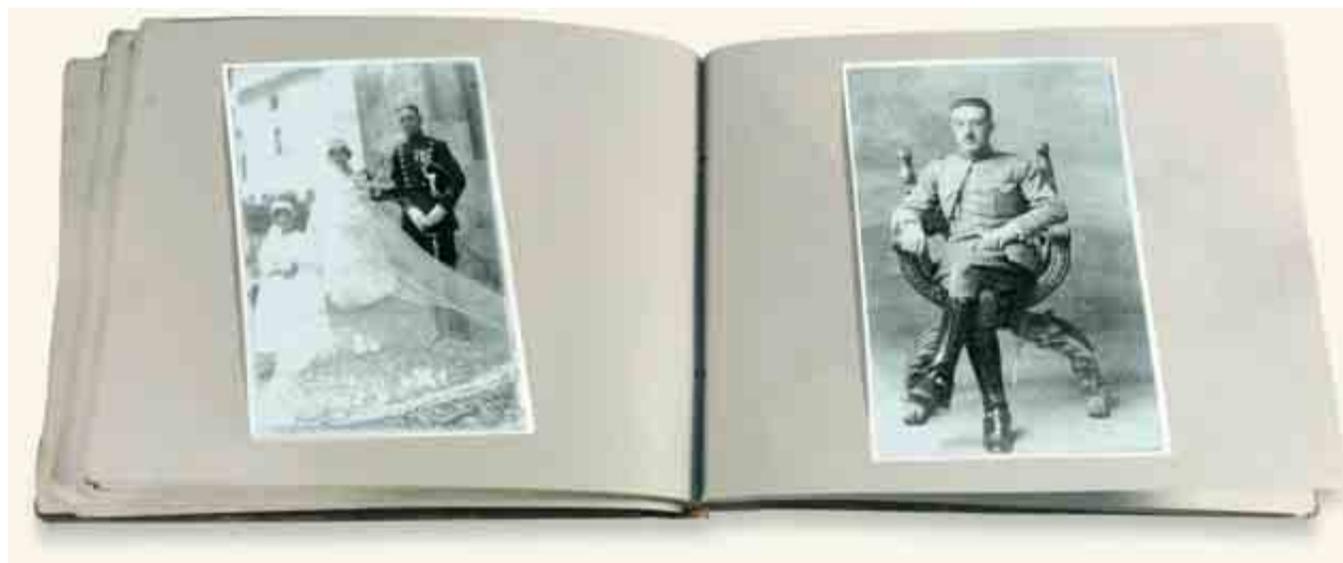




LOS 13 GUARDIAS CIVILES...

¿Un comandante de la Guardia Civil al frente de un batallón de «gudaris» llamado Amaiur? Ocurrió en 1936, durante la defensa de Bilbao frente a las tropas franquistas. Como Germán Ollero, 13 mandos de la Benemérita dirigieron en el campo de batalla a miles

de soldados vascos, empujados por su fidelidad a la República. En el aniversario de la caída de la ciudad, revelamos la historia jamás contada de estos héroes que, décadas después, se convertirían en víctimas de los otros «gudaris»: los cobardes del tiro en la nuca



DOS HÉROES. A la izquierda, el capitán Ibarrola, el día de su boda. Tras comandar 8.000 hombres, fue condenado a muerte, aunque luego se le conmutó por 30 años y un día de prisión. A la derecha, el capitán José Bolaño, jefe del sector de Elorrio (4.031 efectivos), capturado durante la defensa de Cantabria y luego fusilado.

... AL FRENTE DEL BATALLÓN DE “GUDARIS”

FERMÍN SALETA
Sin su tricorno y sus galas, en aquellos momentos decisivos previos al asalto franquista al *Cinturón de Hierro* que defendía Bilbao, pocos habrían dado en adivinar el pedigrí benemérito de aquel tipo duro y cuarentón que había comandado a los aguerridos gudaris del batallón *Amaiur*. Hace ahora 76 años, aquel episodio que el miércoles tiene aniversario —la rendición de la capital vizcaína a los ejércitos nacionales— puso sobre el tapete de la guerra todos los rostros despiadados y paradójicos de la contienda fratricida. De un lado de la línea de fuego, como jefe del Estado Mayor de la 2ª División del Ejército de Euzkadi, el comandante Germán Ollero, guardia civil, veterano africanista, inclinado sobre un plano de la capital vizcaína. Al otro lado del frente, sus dos hijos militares, alistados en el otro bando.

¿Un comandante de la Guardia Civil al frente de *Amaiur*? Podría ser un arriesgado argumento de política-ficción o la obra maestra del espionaje. Pero fue una realidad hace más de 70 años, durante la Guerra Civil, cuando el *Amaiur*, un batallón

de *gudaris*, recibía órdenes de un mando de la Benemérita, Germán Ollero Morente, llegado de Madrid para reforzar la oficialidad de las fuerzas vascas. Y como Ollero, fueron muchos los mandos de la Guardia Civil que dirigieron en el campo de batalla a miles de *gudaris* contra el avance de las tropas franquistas.

Esta es la historia, hasta ahora nunca contada ni reconocida, de los guardias civiles que sirvieron en el *Euzko Gudarostea*, el ejército vasco, a las órdenes del *lehendakari* José Antonio Aguirre. Sí, la misma Guardia Civil a la que algunos en Euzkadi consideran como la eterna enemiga de lo vasco tuvo al mando de sus oficiales a tres cuartas partes del ejército de los auténticos *gudaris* (los que combatieron contra Franco en las trincheras; no los asesinos del tiro en la nuca y el coche bomba).

Lo hicieron para cumplir su juramento de lealtad a España y al régimen constituido, la misma razón por la que la Benemérita ha sido durante casi medio siglo diana del terrorismo de ETA. De pistoleros del tiro en la nuca que se hacen llamar precisamente *gudaris* (soldados vascos).

[Esta semana, la izquierda *abertzale*, coaligada precisamente bajo la marca *Amaiur*, reclamó a Interior que no deje a los etarras detenidos en manos de la Guardia Civil. El enésimo requiebro del destino].

HÉROES ASCENDIDOS

El mismísimo José Antonio Aguirre, primer *lehendakari* de la historia y máxima autoridad militar en el territorio vasco, firmó el 4 de febrero de 1937 la orden de ascenso de estos guardias civiles por su heroico comportamiento en el Ejército de Euzkadi (con «z», según la ortografía vasca de la época) en la lucha contra las fuerzas franquistas. También Aguirre terminó designando a un miembro de la Guardia Civil como jefe de la primera Policía autónoma vasca, la entonces llamada *Ertzaña*. Y puso a otro *benemérito* como jefe de la única unidad vasca de carros blindados de la historia.

Historias heroicas, la de todos estos hombres leales, y apenas reconocida más allá de sus propias familias. Con tragedias, que las hubo, a veces lloradas también sólo por ellas. El investigador José Luis Cervero habla

de estos uniformados, como de muchos otros guardias civiles leales a la República, en su brillante ensayo *Los rojos de la Guardia Civil* (La Esfera de los Libros). Pero quedaba por descubrir el verdadero papel en los frentes de batalla del País Vasco de estos hombres nacidos en otros lugares de España y forjados en los valores de la Benemérita, dispuestos a verter hasta la última gota de su sangre por defender la tierra vasca.

Nunca tuvieron un homenaje. Todo lo contrario. Quienes décadas después vestían sus mismos uniformes, y hacían gala de su mismo sentido del deber y de la lealtad, terminaron en el punto de mira de los *gudaris* terroristas. Hasta 206 guardias civiles han sido asesinados por ETA desde 1968, año en que comenzó la macabra cuenta con la muerte del guardia José Pardines en Villabona (Guipúzcoa). ¿Memoria histórica?

Septiembre de 1936. Primeros meses de la Guerra. Varios aviones republicanos despegan de Madrid rumbo norte. Antes de alcanzar su destino, inicialmente Santander, tendrán que sobrevolar la zona nacional. Son vuelos de alto riesgo. Irún y

San Sebastián ya han sido tomadas por las tropas franquistas. Asturias, Santander y el País Vasco han quedado aislados del resto de la zona republicana. Los hombres, tipos recios, de benemérito uniforme y con grandes batallas a sus espaldas, emprenden sin saberlo un camino sin retorno. En tan singular puente aéreo embarcan el extremeño García Gunilla y el toledano Sánchez Montero con sus respectivos hijos, también guardias civiles; el capitán Germán Ollero, jiennense veterano de la guerra de África con sus no más de 44 años; los madrileños José Bolaño, capitán, y Carlos Tenorio Cabanillas, teniente...

Todos terminan en el País Vasco. Y puestos pies a tierra, son elegidos para el mando. Ya el 1 de noviembre del primer otoño de la Guerra, cinco de los nueve sectores en que se divide la defensa del territorio vasco están bajo las órdenes de estos oficiales. Todos hombres de tricorno.

A ellos se suma otro guardia civil que pronto se hará célebre como uno de los mejores jefes militares de la República: el capitán Juan Ibarrola Orueta, de 36 / Sigue en página 14

> LA HISTORIA VASCA NUNCA CONTADA



Viene de página 13 / años, natural de Llodio (Álava), destinado en el cuartel bilbaíno de La Salve, que tuvo el mando del sector de Ochandiano, con 1.917 efectivos, con los que intervino en la ofensiva sobre Villarreal de diciembre de 1936.

El historiador Ramón Salas Larrazábal afirmaba que Ibarrola es «el más descollante de los jefes surgidos en el Norte y de los más destacados en el conjunto del Ejército Popular». A su pertenencia a la Benemérita, Ibarrola une su condición de hombre católico, lo que agranda la aparente paradoja de su brillante ascenso en las fuerzas militares de la República.

Los lugares legendarios del frente vasco, como Gorbea, Sollube, Bizcargui o Artxanda, fueron testigos mudos de la conducta de estos guardias civiles al frente de las divisiones, brigadas, batallones o unidades de carros del *Euzko Gudarostea*. Hombres decididos a cumplir su juramento de honor y lealtad, aunque ello pudiera acarrearles caer prisioneros de los franquistas y ser fusilados.

Oficiales de la Guardia Civil que, bastón en mano, *txapela* calada sobre las cejas, cazadora de cuero, cinto con pistola cruzado al pecho, dirigieron con bravura en las escarpadas laderas de los montes vascos las acometidas de los batallones de *gudaris*, en el enésimo intento por recuperar un pedazo de la tierra tomada por las fuerzas franquistas. Hombres de la Benemérita que vieron desfilar a sus tropas bajo el ondear de la *ikurrina* y que compartieron las misas de campaña oficiadas por los capellanes de *gudaris* antes de la batalla.

Incluso en algunos casos sus propios hijos, también guardias civiles, decidieron acompañarles y correr la misma suerte. Doble honor, doble

lealtad, doble mortal. Fueron los casos del capitán Eugenio García y su hijo, el cabo Víctor García Pipaón, y del teniente Matías Sánchez y su hijo, el número Jesús Sánchez Orquín. Eugenio García, natural de Zarza de Granadilla (Cáceres), y Matías Sánchez Montero, nacido en Tembleque (Toledo), pertenecían a la Comandancia de Madrid cuando estalló el conflicto. Ambos tenían 49 años y eran, respectivamente, los jefes de los destacamentos de la Guardia Civil en el Ministerio de Gobernación y en el Palacio de Comunicaciones. Intervinieron en el aplastamiento del golpe militar en Madrid y, en razón de su lealtad al régimen, formaron parte del comité de ascensos de la Guardia Nacional Republicana (GNR), nueva denominación impuesta a la Benemérita por el Gobierno republicano en agosto del 36.

CINCO DE NUEVE JEFES

Ni cuatro meses habían transcurrido de contienda cuando, el 1 de noviembre de 1936, cinco de los nueve sectores de la defensa del territorio vasco quedaban al mando de oficiales de la Guardia Civil: el capitán Eugenio García Gunilla dirige el sector de Lequeitio, con 1.262 hombres; el capitán José Bolaño López, el de Eloorrio (4.031 efectivos); el teniente Matías Sánchez Montero, el de Éibar, (1.278); el teniente Carlos Tenorio Cabanillas, el de Marquina, (1.712); y el capitán Juan Ibarrola, el de Ochandiano (1.917). En definitiva, las tropas de *gudaris*, milicianos y soldados regulares bajo dirección de estos antiguos guardias civiles sumaban tres cuartas partes de las fuerzas que el Ejército de Euzkadi mantenía entonces en primera línea.

Alejados de sus familias, que han

PICOLETOS EN AMAIUR. El comandante Germán Ollero lideró el batallón «Amaiur». En el bando enemigo, el nacional, combatían dos de sus hijos. «No se lo deseo a nadie», dice hoy uno de ellos, José Manuel Ollero.

dejado atrás en Madrid, los mandos de la antigua Benemérita deberán enfrentarse a la guerra en un territorio aislado del resto de la España republicana. Su deber es defender la República y, a partir de octubre de 1936, cuando es aprobado el Estatuto de Autonomía vasco, defender también al Gobierno del *lehendakari* Aguirre, a pesar de que éste decide disolver el 16 de noviembre la Guardia Nacional Republicana en el País Vasco para formar el nuevo Cuerpo de Orden Público de Euzkadi. El decreto de disolución de la GNR rendía, pese a todo, un homenaje a sus componentes, a quienes calificaba de «hombres duros, forjados en la lucha, y en su mayoría defensores del Régimen republicano».

El ejemplar comportamiento de los antiguos guardias no pasará desapercibido para Aguirre. El *lehendakari* firmará una orden el 4 de febrero de 1937 con el ascenso de 13

mandos de la disuelta Benemérita «cuya lealtad y adhesión al Régimen han quedado bien probadas», según reza la orden publicada cinco días después en el Diario Oficial del País Vasco. Del grupo de oficiales llegados de Madrid en septiembre son recompensados entre otros los capitanes Germán Ollero y Eugenio García, ascendidos a comandantes, así como los tenientes Matías Sánchez y Carlos Tenorio, promovidos a capitanes.

Después de un periodo de calma en los frentes vascos, el general Mola desencadena a finales de marzo de 1937 su ofensiva final para dominar todo el País Vasco. La superioridad aérea enemiga, junto a la descoordinación de las fuerzas republicanas, provocan las primeras derrotas del Ejército de Euzkadi frente a las fuerzas regulares, unidades italianas y tercios de requetés vascos y navarros del general Emilio Mola.

LOS JEFES DE LA GUARDIA CIVIL LLEGARON A DIRIGIR TRES CUARTAS PARTES DE LAS FUERZAS DEL EJERCITO VASCO

EL COMANDANTE OLLERO TUVO QUE LUCHAR CONTRA DOS DE SUS HIJOS, ALISTADOS EN EL BANDO FRANQUISTA

El 26 de abril, el mismo día del bombardeo de Guernica por las aviones alemana e italiana, el *lehendakari* Aguirre decreta la organización definitiva de su Ejército con cuatro divisiones y 16 brigadas, consecuencia también de la militarización de las milicias y la llamada a filas de soldados de reemplazo. En el nuevo *Euzko Gudarostea*, Aguirre mantiene su confianza en los mandos de la antigua Guardia Civil que han dirigido hasta el momento a una buena parte de sus tropas.

Al ya comandante Juan Ibarrola le entrega el mando de la 3ª División Vasca, con 8.000 hombres. A su vez, el *lehendakari* concede la jefatura de las tres primeras brigadas del nuevo Ejército de Euzkadi, con 2.400 efectivos cada una, a sendos comandantes beneméritos. A Germán Ollero le nombra jefe de la 1ª Brigada Vasca, con los batallones *Amaiur* y *Mungia*, originarios del PNV, el *Eusko Indarra*, de Acción Nacionalista Vasca, y el *Cultura y Deporte*, de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). A Eugenio García Gunilla, Aguirre le concede la jefatura de la 2ª Brigada, con los batallones *Otxandiano*, del PNV, el *Castilla* de las JSU, el *San Andrés* del sindicato nacionalista ELA-STV, y el CNT 2. Finalmente, a Matías Sánchez Montero, ascendido a comandante, se le nombra jefe de la 3ª Brigada, con los batallones *Padura*, del PNV, *Isaac Puente*, de la CNT, *Capitán Casero* de Izquierda Republicana y el MAOC 2 del Partido Comunista.

Los nombres de algunos de los batallones cuyo mando pasa a depender de estos tres jefes evocan batallas legendarias de vizcaínos contra leoneses y castellanos, como el *Mungia*, el *Otxandiano* y el *Padura*.



Estos ex guardias civiles protagonizarán capítulos heroicos frente a un enemigo muy superior en medios bélicos. Los hechos de armas de estos antiguos guardias civiles se pierden en los remolinos de una campaña durísima y cruenta, como fue la de Vizcaya.

Algunas de sus acciones despuntan, sin embargo, entre las crónicas de la contienda, como el papel del comandante Ibarrola en la defensa de las posiciones de los montes Saibigain y Urkiolamendi. O el contraataque que las brigadas de los comandantes Ollero y García Gunilla desencadenan en los días siguientes al bombardeo de Guernica para recuperar la línea Bermeo-Guernica-Amorebieta-Durango. En Peña Lemona luchan fuerzas de Ollero y en el Sollube las de García Gunilla.

A comienzos de junio de 1937, antes del asalto al *Cinturón de Hierro* que defendía Bilbao, Germán Ollero es nombrado jefe de Estado Mayor de la 2ª División del Ejército vasco. Lo que desconocía es que dos de sus hijos se encontraban alistados entre las fuerzas franquistas preparadas para asaltar el *Cinturón*. El drama de la Guerra Civil, una vez más, mostraba su rostro más descarnado.

Los franquistas entraron en Bilbao el 19 de junio sin disparar un solo tiro tras negociar la rendición con los batallones nacionalistas que guarnecían la ciudad. El comandante Ibarrola protagonizó con su división la última resistencia en tierras vascas, en Sodupe, que finalmente cae el 28 de junio ante las tropas navarras.

El comandante Ollero salió hacia Francia se incorporó a la zona republicana por Cataluña. Fue nombrado jefe de operaciones del XIX Cuerpo de Ejército, en el frente de Levante. Será detenido por los franquistas al final de la contienda. Sometido a consejo de guerra, fue expulsado de la Guardia Civil y condenado a 30 años y un día de cárcel, pena que se le conmutó por seis años, si bien salió antes en libertad provisional. Los vencedores nunca le reconocieron el ascenso que le había concedido el *lehendakari* Aguirre.

Ollero trabajó como gerente de una fábrica de aceites y murió en 1967. Ese mismo año nacía su nieto Carlos Baró Ollero, que en 2003, con 36 años, siendo comandante de Infantería, murió junto con otros seis compañeros del CNI en una emboscada en Irak. De abuelo a nieto continuó la misma historia de honor, heroísmo y sacrificio, aunque en circunstancias bien diferentes.

Como Ollero, hace décadas que fallecieron aquellos indomables oficiales de la Benemérita. Pero sí quedan testigos de excepción de la época, como José Manuel Ollero Castell, uno de los dos hijos a los que la guerra situó en el otro bando. Hoy la voz de este militar retirado suena quebradiza desde su piso en el barrio de Salamanca de Madrid.

—Mi padre era una bellísima persona que hizo lo que creía que debía hacer: mantener su fidelidad a lo que había jurado, que era proteger la Segunda República...

Otros oficiales que habían defendido Euskadi mantuvieron su compromiso con la República una vez li-

quidado el frente vasco. Es el caso de los comandantes Ibarrola, García Gunilla y Sánchez Montero, y del capitán José Bolaño. Las fuerzas que comanda Ibarrola defenderán a mediados de agosto el sector de Reinoso con felicitación del mando por su actuación en el Portillo de Suano.

El frente de Cantabria queda liquidado en agosto, después de la rendición de los batallones vascos a las fuerzas italianas. La caída de Santander añade más nombres a la cuenta de mandos beneméritos que pagan con su vida haber militado en la República. El capitán José Bolaño es hecho prisionero y fusilado.

LA HUIDA A FRANCIA

Después de la caída de Santander, los comandantes Ibarrola, García Gunilla y Sánchez Montero luchan en la campaña de Asturias al frente de la llamada División Vasca de Choque. Caído también el territorio asturiano en octubre de 1937, Ibarrola y García Gunilla salen de Asturias en barco hasta Francia, de donde pasan de nuevo a la zona republicana.

No tuvo tanta fortuna el comandante Sánchez Montero. Atrapado por la escuadra franquista el barco en el que había zarpado de Gijón,

fue juzgado el 2 de febrero de 1938 y condenado a muerte «por auxilio a la rebelión». El ex jefe de la 3ª Brigada del *Euzko Gudarostea*, teniente de la Guardia Civil, fue fusilado en Gijón el 2 de abril, a las siete de la mañana, previa degradación. Su hijo Jesús, también guardia civil, pagaría con la cárcel su lealtad a la República.

En diciembre de 1937, Ibarrola fue nombrado jefe del XXII Cuerpo de Ejército, con el que intervino decisivamente en la conquista de Teruel, donde dirigió a la 11ª División del comunista Enrique Lister, quien siempre recordaría su admiración por el antiguo guardia civil. Ibarrola sería detenido en 1939 por los vencedores en Alicante, junto con su leal subordinado García Gunilla. Condenado a muerte en consejo de guerra, la pena le fue conmutada por la de 30 años y un día de cárcel. En 1943 fue puesto en libertad condicional y regresó a Bilbao. Murió en 1976, después de haber trabajado en una empresa de perfumes y sin renegar de su amor a la Benemérita. «Donde él estuvo fue difícil arrancar una victoria», sentenció el historiador Ramón Salas Larrazabal en su *Historia del Ejército Popular de la República*. A su muerte, su viuda recibiría un tele-

grama de pésame del *lehendakari* en el exilio, Jesús María Leizaola.

Peor suerte corrió el comandante García Gunilla, condenado a muerte en Alicante por «auxilio a la rebelión» y fusilado en octubre de 1940. Su hijo Víctor, cabo de la Guardia Civil que luchó también con los republicanos, sería juzgado por los vencedores y condenado a cuatro años de recargo en el servicio militar.

Muerte, exilio, cárcel y olvido. Este fue el costoso tributo que pagaron por defender el régimen republicano en el País Vasco. Un capítulo poco conocido de la historia de la Benemérita que se alza como una prueba más de la trayectoria de lealtad del Cuerpo. Una trayectoria timbrada como siempre, también en nuestra democracia, con el sacrificio y el heroísmo en sus más altas cotas.

Los *gudaris* de la Benemérita serán siempre personajes inexistentes por inaceptables para el discurso *jeltzale* (del PNV). Y mucho más para el *abertzale*, los batasunos hoy representados por Amaiur, el nombre del batallón del capitán Ollero, quien todo lo dio por ser fiel a la misión que había jurado: incluso luchar contra sus propios vástagos. «Nuestra familia tuvo la desgracia de que yo y un hermano mío estuviéramos en el otro bando...», se lamenta su hijo José Manuel. «No se lo deseo a nadie».

Ninguna calle, ningún monumento, recuerda a estos guardias civiles en el País Vasco, pese a la fiebre de

BOMBAS SOBRE BILBAO. Los franquistas entraron en Bilbao el 19 de junio, sin disparar un solo tiro, tras la rendición de los batallones nacionalistas. En la imagen, unos bilbaínos contemplan el bombardeo de la ciudad.



EL PNV Y LA IZQUIERDA ABERTZALE SIEMPRE HAN OCULTADO EL PAPEL DE LOS «GUDARIS» DE LA BENEMÉRITA

ACABARON PRESOS, HUIDOS, EXILIADOS...

«MI PADRE FUE FIEL A LO QUE JURÓ: PROTEGER LA II REPÚBLICA», DICE UN HIJO

la memoria histórica de los últimos años. Apenas una escasa documentación de la contienda conservada en el Archivo del Nacionalismo Vasco guarda sus nombres, escritos junto a las denominaciones legendarias de los batallones de *gudaris* que dirigieron en el campo de batalla. Al menos el eco de sus hazañas cruzará hoy el País Vasco a lomos de estas páginas, de valle en valle, de cumbre en cumbre, por los mismos escenarios que les vieron pasar cumpliendo su deber hace más de 70 años.

Con información de Gonzalo Suárez

JEFE DE LA «ERTZAÑA»

El «lehendakari» recompensó la actuación de la Guardia Civil (GC) con el ascenso de 13 mandos. Además de Ollero, García Gunilla, Sánchez Montero y Bolaño, el 4 de febrero de 1937 fueron ascendidos los capitanes Carlos Tenorio, Juan Vega, Fernando Ledesma y Manuel Rodríguez, así como los tenientes Jacinto Barceló, Emilio Ruiz de Alejos, Antonio Poyatos, León Martín, Miguel Escoin y Francisco García. Su participación no se limitó a las unidades de infantería. También fueron jefes de la «Ertzaña», de organización del Estado Mayor, o del único batallón vasco de carros blindados.

Saturnino Bengoa, teniente coronel, vizcaíno de Orduña, nacido en 1885. Era jefe de la Comandancia de Guipúzcoa el 17 de julio de 1936. Tuvo un papel decisivo en la derrota del golpe en San Sebastián. El 30 de noviembre fue nombrado primer jefe de la «Ertzaña». Exiliado a Francia, sería juzgado en ausencia por los franquistas en 1941. Se le condenó a la pérdida total de sus bienes, la inhabilitación absoluta y el destierro por 15 años.

Juan Colina, coronel, jefe de la Comandancia de Vizcaya, tuvo un papel destacado para asegurar en julio de 1936 el dominio republicano de Bilbao. A pesar de su probada lealtad, fue juzgado en enero de 1937 por acumular presuntamente un arsenal destinado a los franquistas. Fue absuelto. Tras la caída del País Vasco se trasladó a la zona republicana. Detenido en Barcelona tras la derrota, fue fusilado en 1939.

Antonio Naranjo, teniente coronel, fue jefe de organización del Estado Mayor del Ejército vasco. Era jefe de la secretaría militar del general Pozas, inspector general de la GC. Habría organizado el comité de depuración de oficiales y números. Se exilió a Francia tras la caída de Bilbao y fue condenado en ausencia en 1945. Murió en Venezuela.

Carlos Tenorio, teniente, se integró el 1 de noviembre en el Ejército de Euzkadi como jefe del sector de Marquina (1.700 hombres). Fue ascendido a capitán y jefe del Batallón de Carros Ligeros de Combate. Su cadáver fue hallado el 16 de marzo de 1938 en un pozo de un chalé de Baracaldo, atribuido a una represalia republicana por la desertión de un oficial del batallón.